

***Los pobres de la clase media: estilo de vida,
consumo e identidad en una ciudad tradicional¹***

David S. Parker

En 1907, dos inspectores municipales publicaron un informe sobre la vivienda en Lima, en el cual escribieron que la clase obrera urbana se dividía en dos grupos. El primero, conformado por "trabajadores de humilde condición, artesanos, obreros y jornaleros", y el segundo por "los que pertenecen a la clase media, mujeres en su mayor parte, para los que ofrece mayores escollos la lucha por la existencia". Después de describir las condiciones insalubres de los callejones y solares en los cuales vivían los del primer grupo, continuaron:

"En condiciones aún más desventajosas se hallan los sujetos pertenecientes al segundo grupo, porque por preocupaciones infundadas, por pretendidos respetos sociales y por otras causas igualmente nimias, se alejan de los solares y de los callejones, para buscar su albergue sea en las grandes casas de inquilinato o en las llamadas casas de familia. Y en ambos casos, en particular en el segundo, ocupan entresuelos, sotabancos, habitaciones interiores ubicadas cerca de los corrales y otros lugares excluidos, inmundos retretes, pequeños, húmedos, sin luz y sin ventilación, verdaderas madrigueras en las que sus moradores viven, cocinan, satisfacen todas sus necesidades, respirando una atmósfera infecta, sufriendo todas las penalidades inherentes a la permanencia en un ambiente en que el aire está confinado. Esas son en realidad las habitaciones ultra-antihigiénicas que existen en Lima"².

1. La investigación que hizo posible este trabajo fue patrocinada por la Comisión Fullbright, la Fundación Interamericana y la Social Science Research Council de los Estados Unidos. El autor agradece a los editores de este volumen y a Max Lizano por su ayuda en la redacción del texto.

2. Basurco, Santiago, y Leonidas Avendaño, "Informe emitido por la comisión encargada de estudiar las condiciones sanitarias de las casas de vecindad en Lima, primera parte", en Perú, Ministerio de Fomento, Dirección de Salubridad, *Boletín* 3:4, Lima: abril 1907, p. 6.

El informe llama la atención por dos razones. Primero, resulta sorprendente que los inspectores consideraran de "clase media" a un grupo de personas que claramente vivían en la miseria, sin mayores recursos económicos. Pero así fue: los inspectores destacaron que esas mujeres eran de clase media, a pesar de sufrir una pobreza aguda que las obligó a vivir en condiciones aún peores a las que tenían los artesanos, obreros y jornaleros. En fin, manejaron una definición de la clase media que poco o nada tenía que ver con los índices socioeconómicos que tanto utilizamos en las ciencias sociales. Retomaremos este tema más adelante.

Segundo, el informe notó que un gran número de personas, teniendo la opción de vivir, de alguna manera, mejor en los callejones o solares, no obstante escogieron *inferior* alojamiento en las casas de inquilinato o llamadas casas de familia. Pero ¿por qué? ¿Cuáles eran las "preocupaciones infundadas", los "pretendidos respetos sociales" que los llevaron a actuar de esa manera? Según los inspectores, estas familias simplemente "prefieren vivir en recintos inmundos e insalubres, para cubrirse con lo engañoso de la residencia en una casa decente"³. En otras palabras, las casas de vecindad y casas de familia gozaban de un *status social* superior al de los callejones o solares. Aquéllas eran consideradas "decentes", a pesar de una realidad que a menudo contradecía tales prejuicios. Y, evidentemente, para los "pobres de clase media", el prestigio de la vivienda era más importante que su condición física e higiénica.

I. La vivienda "decente" en la Lima de 1900

Para entender el actuar de los sujetos del informe, hay que considerar la jerarquía social de la vivienda en Lima a principios de siglo, y la geografía humana de una ciudad todavía con fuertes rasgos coloniales. Entre 1910 y 1920 la ciudad no estaba dividida

3. Basurco, Santiago y Leonidas Avendaño, "Informe emitido por la comisión encargada de estudiar las condiciones sanitarias de las casas de vecindad en Lima, segunda parte", en Perú, Ministerio de Fomento, Dirección de Salubridad, *Boletín* 3:5, Lima: mayo 1907, pp. 65-66.

en barrios exclusivamente ricos o pobres. Era cierto que la élite tenía su zona de preferencia en el centro de la ciudad (distritos 2 y 3), mientras que las familias pobres se agrupaban con mayor densidad en los Barrios Altos, alrededor del Mercado Central, o en los distritos del Rímac y La Victoria. Sin embargo, no había avanzado mucho el proceso de segregación residencial, de modo que ricos y pobres seguían siendo vecinos, y la mansión elegante frecuentemente se encontraba al lado del callejón⁴. Así, pues, no era el barrio sino el tipo de domicilio lo que contribuía a marcar el *status* del habitante.

Pero el problema es más complicado aún. En la Lima del 1900, la vivienda más común todavía era la casona colonial, normalmente de uno o dos pisos, con sus docenas de cuartos rodeando los patios interiores. En teoría, la casona debía albergar a una familia aristocrática extensa, con todos sus parientes, servidores y agregados. No se imaginaba a la casa colonial como una simple inversión en bienes raíces, sino como un espacio privilegiado con su propia historia, carácter y porvenir. Pero, en la práctica eran pocas las familias que no precisaban del dinero ganado por el alquiler de varios departamentos. Por consiguiente, las familias de la élite hacían gran esfuerzo para buscar a inquilinos "decentes", y escogían a sus arrendatarios con mucho cuidado, pidiendo referencias como si se tratase de un empleo de alta confianza. Sus motivos eran dos: por un lado, era sincero su temor de que un extraño indeseable estorbara la seguridad y tranquilidad del hogar⁵. Por otro lado, insistir en inquilinos "decentes" les permitía ocultar su interés económico tras la fachada de un paternalismo laudable. Al encontrar un arrendatario lo suficientemente respetable, se acostumbraba tratarlo como si fuera un amigo

4. Sobre las características de los distritos de Lima, véase Basurco, Santiago y Leonidas Avendaño, *op. cit.*, "primera parte", pp. 38-88; Tejada, Luis, *La cuestión del pan*, Lima: INC, 1988, pp. 33-40.

5. Véase la distinción entre casa y calle que es tan importante en el trabajo del famoso historiador brasileño: Freyre, Gilberto, *Sobrados e mucambos: decadencia do patriarcado rural e desenvolvimento do urbano*, 3a. ed., 2 vols., Río de Janeiro: José Olympio, 1961. También Graham, Sandra Lauderdale, *House and Street: The Domestic World of Servants and Masters in Nineteenth-Century Rio de Janeiro*, Cambridge: Cambridge University Press, 1988.

o pariente, reproduciendo así el sistema patrimonial que tanto caracterizaba a la época.

Por motivos análogos a los que llevaban a las élites a buscar inquilinos de cierta condición social, todos los que se autoestimaban miembros de la gente decente -si no podían comprar casa propia- querían encontrar hogar en la casona de una familia de prestigio, esperando que el vivir "en la casa de Don Fulano" les diera el sello de respeto como amigo y allegado de la familia. Por eso es que despreciaban tanto los solares y callejones, que eran considerados solamente para los negros, indios y gente de rango inferior. Sin embargo, dada la escasez de viviendas baratas en Lima a partir del siglo XX, la realidad fue muchas veces cruelmente distinta. Gran parte de esta población con pretensión de decente -y hasta mucha gente que sí gozaba de cierta consideración social- no tenía el ingreso suficiente para alquilar un cuarto sano, limpio y espacioso en la casona de algún aristócrata. Por consiguiente, estas personas llegaban a tomar departamentos en edificios que por fuera tal vez parecían decentes, pero cuyos dueños -o por desesperación económica o por falta de escrúpulos- los subdividían y sobrepoblaban, convirtiéndolos en insalubres y hasta peligrosos. Y como bien entendían los inspectores, allí -y no en los tan criticados callejones- se hallaban las condiciones más antihigiénicas de Lima.

Este ejemplo ilustra un punto fundamental: la elección de la vivienda, que en cierta forma no era ni más ni menos que una decisión de consumo, tenía un significado social muy fuerte. De ninguna manera se buscaba simplemente el sitio que mejor le protegiera del frío y del viento: se buscaba también el estilo de hogar que contribuyera a preservar o mejorar su posición en la sociedad. La vivienda indicaba la clase social a la cual uno pertenecía -o intentaba pertenecer-. Indicaba el círculo de amistades y conocidos con los cuales uno se identificaba o quería identificarse, e indicaba el *estilo de vida* que uno buscaba llevar o aparentar. Ahora bien, para el jornalero de medianos ingresos, tomar un cuarto en uno de los mejores callejones de Lima no le parecía nada malo. Pero para los que se creían miembros respetables de la sociedad, eso era un sacrificio insoportable: no por lo que era, sino por lo que significaba. En fin, la elección de la vivienda era un *grito de identidad*, una manera de decir "¡así soy!".

Y estos gritos contribuían significativamente a la formación histórica de las clases sociales.

II. *Gente decente, gente de pueblo y las reglas de jerarquía*

Obviamente, una declaración *personal* de identidad como miembro de tal o cual clase, tomada por sí sola, no significaba absolutamente nada. La posición social no radicaba en cómo el individuo se autoidentificaba, sino en cómo era identificado *por los demás*. Y eso, por su parte, dependía de los prejuicios, costumbres y tradiciones que formaban la ideología dominante de la sociedad. Por lo tanto, el investigador tiene que empezar con las reglas de estratificación social como fueron entendidas por la población de la época. En cuanto a la Lima de 1900, varios historiadores, sociólogos y antropólogos coinciden en que sí existía una visión dominante de la sociedad -una idea específica de jerarquía que podemos caracterizar como hegemónica-. Según este concepto dominante, las personas se distribuían sólo entre dos clases o -para ser más exacto- *dos estamentos*: la gente decente y la gente del pueblo. La gente decente consistía de aquellas personas que reunían ciertas cualidades "superiores" de raza, apellido, educación, profesión y estilo de vida⁶.

Pero es sumamente importante entender que según *la cultura e ideología dominantes*, estas cualidades debían formarse en la cuna, ya que no era posible adquirirlas en el curso de la vida. La ideología dominante imaginaba que la riqueza, debido a que tiene por definición un carácter transitorio y no innato, jamás podía determinar el *status* del hombre. En la práctica, por supuesto, la fortuna sí importaba, y docenas de nuevos ricos entraban a la élite

6. Larson, Magali Sarfatti y Arlene Eisen Bergman, *Social Stratification in Peru*, Berkeley: Institute of International Studies, University of California, 1969, p. 113. El mismo concepto aparece en estudios de otros países de Latinoamérica en la misma época. Por ejemplo, Scobie, James R., *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910*, New York: Oxford University Press, 1974, p. 208; DaMatta, Roberto, *Carnivals, Rogues, and Heroes: An Interpretation of the Brazilian Dilemma*, Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1991, p. 157; Beezley, William H., *Judas at the Jockey Club and Other Episodes of Porfirian Mexico*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1987, pp. 5-6.

cada año. Pero la teoría persistía, no obstante la realidad. El peso de la tradición y sobre todo esta desconexión entre una jerarquía de prestigio y otra de dinero nos explica por qué los inspectores municipales hablaban de "los pobres de la clase media". Aunque sin dinero y viviendo en condiciones miserables, las mujeres de las que habla el informe reunían los requisitos de decencia porque eran blancas, educadas y, sobre todo, de apellidos conocidos. "Clase media", entonces, parecía una descripción apta -según las reglas vigentes de estratificación social- para estas personas que difícilmente se ubicaban dentro de uno u otro de los dos estamentos⁷.

En la Lima de los años 1910 y 1920, muchos miembros de la élite seguían reivindicando la idea de que las clases sociales no se definían por el dinero. Paradójicamente, este hecho puede explicarse como una respuesta al crecimiento de un nuevo grupo de enriquecidos en el *boom* exportador que siguió a la Primera Guerra Mundial⁸. Mientras que los nuevos ricos buscaban redefinir las reglas de estratificación para privilegiar los atributos de riqueza y consumo, sus adversarios dentro de la aristocracia tradicional, cuyas propias fortunas a veces estaban en crisis, insistieron más que nunca en preservar una definición de "decencia" basada en el apellido, la tradición y todo lo que el dinero no podía comprar. En este esfuerzo, la élite antigua recibió ayuda de figuras destacadas en el gobierno, la prensa y el mundo intelectual, sectores donde no era nada raro encontrar a los hijos de familias de noble abolengo y poco dinero. Por consiguiente, la *ideología* de la sociedad de estamentos cobró nueva vida justo en el momento en el que su fundamento económico empezaba a desmoronarse.

El problema para la aristocracia tradicional era el siguiente: en cuánto creció la población de Lima (103,956 personas en 1891; 140,884 en 1908; 223,807 en 1920; 373,875 en 1931 según los

7. La idea de una "clase media pobre" también aparece en un clásico estudio antropológico: Whiteford, Andrew Hunter, *Two Cities of Latin America: A Comparative Description of Social Classes*, Garden City, New York: Doubleday/Anchor, 1964, pp. 103-105, 114-119.

8. Basadre, Jorge, "La aristocracia y las clases medias civiles en el Perú republicano", en *Mercurio Peruano*, Nos. 437-440, setiembre-diciembre 1963, pp. 465-466.

censos), mientras la ciudad cambió de una aldea colonial a una ciudad compleja, se hizo cada vez más difícil saber a primera vista quién era quién. A pesar de una ideología que reivindicaba el apellido como el determinante del *status*, ya no había manera de hacer efectivo un sistema de jerarquía por árbol genealógico. Es evidente que en la gran mayoría de los casos no hubo controversia -un Prado o un Miró Quesada no se confundía con el panadero de la esquina-. Pero surgieron excepciones con mayor frecuencia de la que la élite admitiría. Con el creciente anonimato urbano, el oligarca venido a menos bien se podía confundir con el arribista que lograba efectuar un estilo correctamente aristocrático. Ninguno de los dos poseía la fortuna de los nuevos ricos, pero según el oligarca venido a menos, el dinero nada tenía que ver con el prestigio. En otras palabras, cuando la antigua élite luchaba por defender su posición frente al poder del dinero recién adquirido, dejó que en el proceso se abrieran nuevos caminos de movilidad para algunos -acaso los más *vivos*- que no tenían apellido, ni tampoco dinero, pero sí un buen manejo de la cultura y los modales de los privilegiados.

III. *El status como fachada, la movilidad como engaño*

Años más tarde, Sebastián Salazar Bondy escribiría acerca de esta situación tan limeña:

"Si el pobre (...) niega su pobreza como destino, se le abren dos caminos: la subversión contra los opresores o la infiltración entre ellos. La primera equivale a una guerra y se la libra negando la legitimidad de los poderes y sus estamentos. La segunda es una maniobra y se ejecuta mediante ardides. Por ejemplo, mediante la imitación de aquéllos entre quienes quiere el advenedizo situarse. Para ser lo que no se es se precisa de un disfraz. Demos una mirada alrededor y hallaremos decenas: la dependienta de tienda que remeda los modelos de la damisela de las fiestas de sociedad, el burócrata que se reviste de forense gravedad verbal, el pequeño burgués que acomete su casita propia copiando en modesto los regustos arquitectónicos del palacio, el grafómeno que redacta con hinchazón y

vacuidad porque supone que así es una pluma académica. Éstos son casos de disfracismo en pos de la categoría..."⁹.

El mimetismo del arribista, muy bien descrito por Salazar Bondy y muy comentado en la historia de Lima, se explica perfectamente en este contexto que surgió a principios del siglo. Hemos visto que la imagen hegemónica postulaba una jerarquía social enraizada en atributos innatos y permanentes, pero no era posible saber con precisión absoluta quién poseía los antecedentes notables y quién no. Para el arribista, entonces, el secreto de la movilidad no residía en ganar fortuna, sino en convencer a los demás que uno *siempre había sido* miembro respetable de la sociedad. La clave era hacerse de nuevo, reinventar su pasado, su abolengo, su propio ser. Y debido a que el dinero no era la única marca de prestigio, existía un sinnúmero de maneras de realizar esta tarea de autoinvención. Quien quería ascender socialmente podía escoger entre varias opciones: el serrano buscaba blanquearse culturalmente, aprendiendo el hablar, el acento y las maneras del limeño¹⁰. El hombre que carecía de enseñanza formal buscaba educarse de cualquier manera posible: hay que imaginar que las Universidades Populares González Prada de los años veinte cumplían esa finalidad para no pocos artesanos y hasta algunos obreros¹¹. Debido a que el trabajo manual era considerado como una marca insuperable de inferioridad, los artesanos buscaban ocultar su profesión, negándose, por ejemplo, a salir a la calle con su uniforme de trabajo¹². Obreros en huelga se vestían con su

9. Salazar Bondy, Sebastián, *Lima la horrible*, Lima: Ediciones PEISA, 1974, p. 117.

10. El historiador Steve Stein afirma que también se vendían productos que prometían "blanquear" la piel y alisar el cabello, pero no sabemos si muchos los compraban o no. Conversación personal, 28 de diciembre, 1988. De todos modos era posible "blanquearse" culturalmente sin necesidad de efectuar un cambio físico.

11. Klaiber, Jeffrey L., S.J., "The Popular Universities and the Origins of Aprismo, 1921-1924", en *Hispanic American Historical Review*, 55:4, noviembre 1975.

12. Para un caso análogo ver Pike, Frederick B., "Aspects of Class Relations in Chile, 1850-1960", en *Hispanic American Historical Review*, 43:1, febrero 1963, p. 24.

mejor traje y sombrero para marchar en las plazas públicas, presentándose no como proletarios, sino como hombres dignos de respeto¹³. Por el mismo motivo, no eran raras las personas que preferían tener un puesto de empleado -aunque mal remunerado- en lugar de un trabajo manual con mejor salario. Hasta los apellidos se manipulaban con vista al *status social*. El hijo de una familia sin prestigio preservaría, como segundo o tercer apellido, el apellido de una abuela o bisabuela más distinguida. Por ejemplo, Lucho Gómez García se convertiría en Luis G. García Calderón del Prado, aunque no se había visto a un Calderón o Prado en la familia desde 80 años atrás. Tendría, por supuesto, aun más éxito si lograba llamarse *Don* Luis G. García Calderón del Prado.

Un cuento de la época, "Mi corbata" de Manuel Beingolea, muestra claramente el papel de la apariencia como definición social y del engaño como medio de movilidad. Julio Ortega narra el argumento del cuento: la historia de un joven empleado con un sueldo mensual de 50 soles, que se convierte en un arribista exitoso:

"(...) en un baile donde [el protagonista] acude invitado por error, las muchachas rehúsan bailar con él, y alguien se lo explica: 'tiene usted una corbata imposible. ¡Lo mejor que puede usted hacer es largarse, joven!'. Pero ha estado en un salón de clase alta, que es como haber entrevistado el cielo y sus ángeles, y asume aplicadamente y con desenfado los códigos previstos: se hace confeccionar un *chaquet* según la moda inglesa, finge tener un puesto público, obtiene un adelanto a cargo de futuros favores, y recorre la calle Mercaderes y el Paseo Colón con la corbata más correcta de todas. Pronto es invitado, se casa, enriquece, y se dedica a la política. Con agudeza, Beingolea construye esta parábola del ascenso social desde sus bases: el matrimonio, la apariencia"¹⁴.

13. Esto se nota en las fotografías de manifestaciones obreras que aparecen, por ejemplo, en *La Crónica y Variedades* en enero de 1913, o enero, mayo y junio de 1919.

14. Ortega, Julio, *Cultura y modernización en la Lima del 900*, Lima: CEDEP, 1986, p. 177. Beingolea, Manuel, "Mi corbata", en *Bajo las lilas, cuentos pretéritos, selección*, Lima: Editorial Jurídica, 1967, pp. 93-102.

Muy lejos del *self-made man* del autor norteamericano Horatio Alger, el héroe peruano sube la escala social no por trabajo, ni por talento o por fortuna, sino por medio de la autoinvención. Beingolea satiriza la sociedad aristocrática y, obviamente, el cuento no debe ser tomado como una historia verídica, pero hay evidencia de que muchas personas reales buscaban autoinventarse justamente a la manera en que Beingolea describe. Es difícil, pues, comprender su actuar si no fuera posible que unos cuantos hábiles tuvieran éxito convirtiendo la fachada en realidad.

Más importante aun, Beingolea nos enseña que en muchos casos la clave que abría la puerta de movilidad por apariencia (o engaño) era *el consumo*. Como hemos visto, la ideología dominante suponía que el dinero no determinaba el *status*. Sin embargo, es evidente que el dinero jugó un papel fundamental en este proceso de construir la fachada correcta. La sociedad aristocrática tenía sus reglas de comportamiento, que no por no ser escritas eran menos reales. Existían tradiciones estrictas que definían una vivienda aceptable para la familia decente. Habían costumbres igualmente estrictas que definían los gustos y modales de un caballero o dama -la manera de vestirse, cómo movilizarse de una parte a otra, dónde comer, en qué divertirse-. Para tener posibilidad alguna de éxito, el arribista tenía que cumplir estos ritos sociales al pie de la letra. Tenía que mandar a sus hijos al colegio correcto, de "mejor roce" -donde podría conocer a los hijos de la buena sociedad (La Recoleta si era posible)-¹⁵. Tenía que ir al sastre correcto, uno que importaba las telas de moda. Tenía que cenar en el restaurante correcto. Tenía que pasar el invierno en Chosica y el verano en Barranco.

La pobreza ponía una barrera inmensa a la movilidad por apariencia. Los colegios con "mejor roce" eran los más costosos; la vivienda decente y el traje inglés valían más que el cuarto del callejón y la camisa de tela nacional. Pero lo importante es que el dinero por sí solo no tenía significación: era el dinero correctamente empleado en el consumo lo que ganaba posición social. Además,

15. Descripciones de los varios colegios particulares, con sus precios de matrícula, aparecen en Laos, Cipriano A., *Lima: Ciudad de los Reyes (el libro peruano)*, Lima: Editorial Perú, 1928, pp. 315-323.

en muchos casos, no era la pobreza propiamente dicha, sino la incapacidad de seguir los patrones exigidos de comportamiento (incluyendo los requerimientos de consumo), lo que frustraba los intentos de movilidad o hasta impulsaba la movilidad descendente.

IV. *Huachafería: el engaño que no engaña*

Tomando en cuenta estas modalidades de ascenso social, podemos comprender también la tragedia (o tragicomedia) de aquellos que buscaron autoinventarse en pos de la movilidad pero que no lograron su propósito. La palabra *huachafo* surgió justamente a fines del siglo XIX o principios del siglo XX en Lima, para tachar a aquellos que intentaban aparentar un *status* ficticio¹⁶. La palabra servía, para los que la utilizaban, como una suerte de sanción, un castigo simbólico para los que querían subvertir "el orden natural de la sociedad". Si las apariencias y el engaño constituían las armas preferidas del arribista, la crítica a la huachafería era la mejor defensa del privilegiado. Tildar al adversario de huachafo era una estrategia sumamente efectiva: contrarrestaba todo el trabajo de autoinvención y, por ende, disminuía el *status* mismo del pretendido arribista. La tacha de huachafo desprestigiaba al advenedizo con sólo pronunciarse porque, al fin y al cabo, la posición social radicaba en la estimación de los demás y por eso era, encima de todo, algo simbólico. Negar simbólicamente la existencia del prestigio detenía el proceso de ascenso tan efectivamente como quitarle la fortuna. O mejor dicho, era tal vez más efectivo que quitarle la fortuna, porque ésta, como hemos visto, sólo importaba por su valor para la compra de prestigio. Es con este sentido que Salazar Bondy ubica la lucha de clases en el conflicto de calificativas:

"A fin de cuentas, el apelativo ["huachafo"] sujeta el desborde mediocre. Pero no se olvide que también cierra una ruta hacia la toma de la fortaleza oligárquica y el cobro

16. Sobre la palabra y sus orígenes ver Pinto Gamboa, Willy, *Lo huachafo: trama y perfil (Jorge Miota, vida y obra)*, Lima: Editorial Cibeles, 1981, pp. 21-31, 39-47.

de los puestos de mando hasta ahora reservados a los progénitos de la casta colonial, que alguna vez fue de intrusos, remedadores y, por ende, huachafos (...) A veces, de acuerdo con el terreno, la lucha de clases asume, como en el caso expuesto, formas insospechadas: éstas, de índole semántica, aparentemente inocuas, son peculiares de Lima¹⁷.

Para decirlo de otra manera, la palabra huachafo servía como un estrategia -particularmente bien adaptada al medio peruano- para mantener la exclusividad en el consumo de aquellos bienes que identificaban a la gente decente. En sociedades donde el dinero jugaba un papel más determinante en la definición de la élite (Estados Unidos, por ejemplo), era comparativamente fácil mantener esta exclusividad sin recurrir a semejante sanción simbólica. En aquellas sociedades, con valores más burgueses que aristocráticos, era *el mercado* el que hacía subir el precio de los bienes simbólicos de consumo privilegiado (*status symbols*). Pero en la sociedad peruana, donde la élite incluía a muchos que carecían de fortuna, se necesitaba de otro criterio de exclusión que no dependiera del dinero. La solución fue llamar huachafo a todos aquellos que buscaban pero que no "debían" estar en condiciones de cumplir los requisitos del consumo "correcto".

Cabe aclarar, sin embargo, que no eran sólo los privilegiados los que recurrían a la palabra huachafo para deslegitimar al arribista y así frenar su movilidad. Era igualmente efectiva en manos de otro arribista, quien la empleaba para "disminuir" a un rival, puesto que el éxito de algunos dependía del fracaso de la mayoría. De no ser así, el ascenso social no sería tan raro y cotizado, y no tendría importancia. La palabra también era utilizada por personas que aceptaban su lugar en las clases subalternas y reivindicaban una conciencia colectiva. En este caso, se empleaba para castigar a aquel que traicionara a sus compatriotas, que quebrara la solidaridad frente a los de arriba, que denigrara como inferiores la cultura y los modales de la clase desde la cual provenía y que debía defender. De esta manera la palabra huachafo llegó a extenderse hacia la población entera, esencialmen-

17. Salazar Bondy, Sebastián, *op. cit.*, p. 118.

te con el mismo significado para todos, aunque con motivos distintos.

En fin, la palabra huachafo no era, como han dicho otros autores, la descripción objetiva de un grupo de individuos primordialmente huachafos. La huachafería no era de ninguna manera sólo la patología de una clase media seducida por la ilusión del ascenso. Al contrario, la palabra tenía una función concreta en la lucha de clases -o mejor dicho, tenía una variedad de funciones según quien la emplease-. Su objetivo común era detener el ascenso social que sí ocurría (por lo menos en algunos casos) por medio de la apariencia, el engaño y la autoinvención. No es por casualidad, pues, que el uso de la palabra creció en el momento histórico que hemos descrito, un momento en el que la expansión urbana empezó a desbordar los caudales de la sociedad tradicional, la estratificación por árbol genealógico se hizo cada vez más difícil, y el nuevo rico, el aristócrata venido a menos y el arribista empezaron a mezclarse y a confundirse en el Palais Concert o en el Jardín Estrasburgo, en el Jirón de la Unión y hasta en la Universidad¹⁸. A fin de cuentas, es sumamente difícil explicar el nacimiento de un discurso agresivo de exclusividad -cuya arma preferida era la palabra huachafo- a menos que se postule la idea de que los privilegiados habían empezado a sentirse amenazados.

V. *Mimetismo, consumo y estilo de vida en perspectiva*

Con este nuevo enfoque, podemos volver nuestra atención al comportamiento concreto de nuestros pobres de la clase media. En los ejemplos que siguen, veremos una característica común y constante: el intento de llevar, a todo costo, un estilo de vida conforme a las pautas tradicionales de decencia. Lejos de señalar una "conciencia falsa", estas acciones muestran la única conciencia posible: *la conciencia de que su posición social dependía funda-*

18. No es por casualidad que un artículo publicado en la revista *Hogar* en 1920 identifica al huachafo como partidario de la Patria Nueva de Augusto B. Leguía. Así, vemos la conexión entre la insurgencia política del oncenio y la insurgencia social que dio origen a la palabra. Pinto Gamboa, Willy, *op. cit.*, pp. 43-44.

mentalmente de su éxito o fracaso en construir la fachada correcta, en asumir una identidad respetable. Al comienzo de este trabajo vimos la importancia de la selección de la vivienda para el trabajo de engendrar una identidad visible. Ahora veamos otros elementos.

Rechazo al trabajo manual

Daniel Flores trabajaba, según su propio testimonio, como ayudante de mostrador en la casa comercial de Luis Gotuzzo y Cía., con un modesto sueldo de 90 soles. En 1925 fue despedido por negarse a "trabajar como peón en el depósito", moviendo y abriendo cajones. Flores dice en un expediente de arbitraje que habría cumplido el mandado si no hubiera estado enfermo, pero hace constar que esa tarea "no estaba comprendida dentro de las que debería hacer como ayudante de mostrador"¹⁹.

En un caso parecido, Fernando Fernández, un menor de edad que trabajaba en la casa comercial de Abel Aguilar por sólo 50 soles mensuales, se quejó cuando el patrón "quiso encargarle funciones que no correspondían, tales como llevar bultos a la calle". Cuando Fernández le hizo "la más respetuosa observación al respecto", Aguilar también lo despidió²⁰.

Finalmente, en 1926 la *Cerro de Pasco Copper Corporation*, hizo descender al dibujante técnico S.E. Deza de la categoría de empleado a la de obrero. Aunque sus funciones y sueldo seguían iguales, Deza renunció en lugar de aceptar el cambio de designación²¹.

Estos tres casos son ilustrativos: Flores y Fernández eran empleados de baja categoría, con sueldos inferiores al salario que ganaba gran número de obreros. A pesar de eso, ambos se negaron a hacer tareas manuales, las que veían como un insulto a

19. Daniel E. Flores versus Gotuzzo y Cía., 1925, No. 579. Archivo General de la Nación (AGN), Sección Poderes Públicos, Ministerio de Trabajo, "Expedientes Laborales Varios" (ELV), Legajo No. 3.

20. Fernando Fernández versus Abel Aguilar, 1927, No. 592. AGN, ELV, Legajo No. 6.

21. S.E. Deza versus *Cerro de Pasco Copper Corporation*, 1926, No. 500, AGN, ELV, Legajo No. 4.

su dignidad. Aunque pobres, tenían una identidad clara: eran empleados decentes, no peones, y arriesgarían el despido antes de hacer trabajos que supuestamente no les correspondían. Deza, en cambio, era un ingeniero bien pagado, pero estaba dispuesto a salir de su trabajo porque la empresa le había quitado la designación de "empleado", símbolo por excelencia del trabajo decente. Otra vez vemos una preocupación por el *status* y el prestigio, más allá del dinero.

La imagen de que el trabajo manual era incompatible con una vida decente tenía más importancia todavía cuando se trataba del trabajo femenino. Aunque se encontraba a mujeres en una variedad de ocupaciones, desde las fábricas textiles hasta el Mercado Central, la ideología dominante no daba ninguna legitimidad a su labor. En el peor de los casos, habían personas que consideraban a la mujer trabajadora -por lo menos hasta los años veinte- al nivel de prostituta. Pero hasta en el mejor de los casos, el trabajo femenino fue visto por la élite como una vergüenza triste y si alguien "de buena familia" tenía que hacerlo era mejor que ocultara el hecho. Por eso encontramos que la ocupación habitual de la mujer decente era la costura a domicilio, un trabajo que ofrecía la gran ventaja de la clandestinidad. La mujer que confeccionaba ropa en casa típicamente dependía de una red de contactos personales, familias conocidas que "le pasaban trabajo" sin divulgar -más allá de un círculo íntimo de amigos- su penoso secreto. Así, las apariencias se mantenían. Manuel Moncloa y Covarrubias satirizó esta condición en su novelita *Las cojinovas: costumbres limeñas... cursis* (1905), cuando describió el pánico de una madre cuando llega una visita inesperada, y ella y sus dos hijas no logran esconder el traje que tienen a medio hacer. Miente ella:

"--Qué le parece a Ud. el capricho de estas niñas: se les ha ocurrido hacerse ellas mismas un traje de baile. Ya sabe Ud. que estamos invitadas para el baile del señor Mucho-trigo, (...) y, aquí nos ha sorprendido Ud. con la labor...

--Y qué torpes tengo las manos, Jesús se lo digo a Ud. que como no cogía una aguja desde el colegio, cuando asistía a la clase de costura, no acierto a dar puntada buena"²².

Vale decir que el cliché de la costurera clandestina no se limitaba a las fuentes literarias. En el informe sobre la vivienda, escribían los inspectores municipales que la más típica "pobre de clase media" era "la costurera mal remunerada". Además, decían que esta clase incluía a "muchas desgraciadas mujeres dignas de mejor suerte, para las que no hay una mano tutelár que las proteja..."²³.

Mujeres que se estimaban decentes sólo entraron abiertamente al mercado de trabajo a partir de la Primera Guerra Mundial, cuando las grandes casas importadoras empezaron a expandir sus operaciones en el comercio minorista. Siguiendo el modelo del *department store* estadounidense, tiendas como Oechsle emplearon a las hijas de la clase media para vender ropa femenina, perfumes y otros artículos de moda. Los bancos siguieron el ejemplo, y poco a poco el trabajo de oficina le quitó el lugar a la costura a domicilio²⁴. Pero este cambio era mucho menos revolucionario de lo que supondríamos. Según la ideología dominante, estos trabajos no podrían ser más que un *pasatiempo* para la muchacha de familia respetable: algo que hacer hasta que se casaba, pero ahí nomás. Consecuentemente, los sueldos que percibían estas empleadas eran criminalmente bajos, y hay evidencia de que no pocas jóvenes buscaron trabajar en una tienda de modas no tanto por el dinero sino por la independencia y -tal vez igualmente importante- por la posibilidad de comprar con descuento. Hasta decían que la jerarquía de empleos tenía mucho que ver con el prestigio relativo de cada tienda y la popularidad de sus productos. Todo esto contribuyó a perpetuar la imagen de que la mujer decente no trabajaba, o si trabajaba era por capricho, no por necesidad.

22. Moncloa y Covarrubias, Manuel, *Las cojinovas: costumbres limeñas... cursis*, Lima: Badiola y Berrio, 1905, p. 36.

23. Basurco, Santiago y Leonidas Avendaño, *op. cit.*, "primera parte", p. 6. Véase también p. 33.

24. "Las mujeres que trabajan", en *Hogar*, No. 19, 21 de mayo de 1920.

Los patrones de comportamiento decente tampoco tenían lugar para la labor doméstica. Toda familia digna de respeto debía tener a su chica para hacer las tareas de la casa. Y a pesar del costo mínimo del trabajo doméstico en el Perú -producto del subempleo, las migraciones internas y las grandes desigualdades entre el campo y la ciudad- parece que habían muchas familias que hacían sacrificios enormes para poder emplear a una sirvienta. Faltan datos sobre presupuestos domésticos para las décadas de los años veinte y treinta, pero es indicador un artículo publicado en 1949 que recopila las finanzas de un empleado típico. Con un sueldo mensual de 600 soles, el sujeto del informe pagaba S/. 50 (8.3 por ciento del total) para tener una sirvienta -más de lo que gastaba en ropa, agua, luz, kerosene y varias otras cosas-. Sólo gastaba más para la renta (S/. 100), la comida (S/. 240) y la educación de su hijo en un colegio particular (S/. 80, otro gasto propio de su clase)²⁵.

Honor y reputación

Otro aspecto que formaba parte de una identidad respetable era una preocupación por el honor. Para la mujer, sabemos que el honor radicaba en la castidad sexual; para el hombre, el honor significaba algo más amplio, aunque menos concreto. Veamos algunos ejemplos. Otto Standke, un empleado en la empresa de C. E. Guyant, al ser despedido llevó un caso de arbitraje contra su patrón. Sus declaraciones ante el tribunal indican que su preocupación mayor no fue su situación económica, sino el hecho de que el despido había "dañado su prestigio y reputación adquiridos después de muchos años de circunspección y honorabilidad"²⁶. Sobre todo Standke se sintió insultado por la carta de despido, que según él:

"contiene términos y expresiones que no son dignos de la seriedad de la casa comercial que Uds. dirigen, ni de ninguna otra, que felizmente no me alcanzan como

25. "El empleado: la gran víctima", en *¡Yá!*, No. 16, julio 1949, pp. 18-19.

26. Otto Standke versus C. E. Guyant, 1928, No. 1417, AGN, ELV, Legajo No. 11.

caballero, ni como circunspecto empleado que he sido toda mi vida"²⁷.

El caso de Leonidas Gordillo, Presidente de la Sociedad Empleados de Comercio, es igualmente un indicador. En 1921 buscó interceder por parte de un empleado que se encontraba en conflicto con sus patrones, los hermanos Ferrand. Cuando los Ferrand se negaron a discutir el caso, desprestigiando así a Gordillo y a la sociedad de auxilios mutuos que representaba, Gordillo se sintió agudamente ofendido:

"Su primer impulso, al tener conocimiento del hecho, fue desafiar a los señores [Ferrand], nombrando para el efecto como padrinos a los Sres. Solari Hurtado y Pacheco Benavides. [El duelo] no se llevó a cabo por haber transcurrido las 48 horas que señala el código respectivo. Termina reclamando el papel de ofendido"²⁸.

Era extremadamente raro que dos antagonistas realmente llegaran a enfrentarse con pistolas a 30 pasos, pero los requisitos de etiqueta para un caballero respetable incluían el conocimiento de las armas y el protocolo del desafío. No es por casualidad que gran número de empleados de comercio, hasta empleados de modestos recursos, se encontraran entre los socios de los clubes de tiro al blanco, tan numerosos en Lima durante esa época²⁹.

Seriedad y prestigio eran casi como consignas para la gente que buscaba reivindicar una identidad decente. Por ejemplo, la Sociedad Empleados de Comercio cuidaba su reputación pública con tanto ahínco que, en 1911, sus miembros rechazaron una propuesta de patrocinar una función de cine para recaudar fondos. Dijeron que ese tipo de entretenimiento podría "perjudicar el buen nombre de la institución"³⁰. En otros casos, mucho menos frívolos,

27. *Ibid.*

28. Sociedad Empleados de Comercio, *Actas de las Juntas Directivas*, tomo II (1919-1924), 22 de diciembre de 1921, p. 165.

29. Referencias a los clubes de tiro aparecen numerosas veces en los libros de actas de la Sociedad Empleados de Comercio.

30. Sociedad Empleados de Comercio, *Actas de las Juntas Directivas*, tomo I (1903-1918), 2 de abril de 1911, p. 108.

esa misma actitud llevó a la organización a huir de compromisos con la clase obrera o con grupos políticos de oposición³¹. Aunque estos ejemplos no se traten necesariamente de personas pobres, muestran de todos modos una visión clara de la sociedad, donde la posición social radica finalmente en los patrones de comportamiento, en el honor, en ser un caballero. La fortuna seguía siendo lo de menos.

Modalidades de consumo

Finalmente, no es posible negar que las clases sociales muchas veces se formaban según las apariencias, y los patrones de consumo jugaban un papel sumamente importante. Los restaurantes, los cafés y confiterías, el teatro y el hipódromo, y las calles servían de escenario, donde el oligarca tradicional, el nuevo enriquecido y el arribista armaban sus propios espectáculos personales. Allí veían y eran vistos; allí cada día inventaban y reinventaban sus identidades para exposición pública³². Y como hemos visto, era éste un escenario lleno de peligro para el pobre de clase media. Un paso en falso, un traje de mal gusto, un comentario infeliz y todo el trabajo de ascenso por apariencia podía derrumbarse. Pero las reglas del consumo correcto casi siempre significaban tener gastos difíciles de asumir.

Otra vez Moncloa y Covarrubias nos ilustra esa realidad a través de su prosa satírica. Describe a un pobre empleado que hace un esfuerzo nada menos que heroico para llevar a su querida a la ópera: *tiene que tener un palco (S/. 15 más 1 sol por entrada) y alquilar además un coche para llegar al teatro en el estilo correcto. Para recaudar esa suma empeña todas sus pertenencias (que sólo valen S/. 8) y pide a su patrón que le preste 20 soles más, cantidad*

31. Una mayor profundización sobre este punto puede encontrarse en mi tesis doctoral: Parker, David, *The Rise of the Peruvian Middle Class: A Social and Political History of White-Collar Employees in Lima, 1900-1950*, Stanford University, 1990.

32. Véase Walker, Charles, "Lima de Mariátegui: los intelectuales y la capital durante el oncenio", en *Socialismo y Participación*, No. 35, Lima: setiembre 1986, p. 79.

que le es descontada mensualmente³³. Nos interesa el relato sobre todo por la idea de que el palco y el coche alquilado fueran vistos como gastos imprescindibles, no obstante el sacrificio que implicaban.

Aparte de la literatura, abundan ejemplos parecidos. En otra publicación he indicado que los empleados de comercio fueron a la huelga en 1919 con el argumento de que el alto costo de vida los perjudicaba más a ellos que a la propia clase obrera, porque su identidad decente les obligaba a gastar más en bienes de consumo:

"nacidos en clases sociales distinguidas, perteneciendo a veces a familias aristocráticas (...) poseyendo educación y cultura, (...) esta clase social (es) obligada a vivir en casas decentes y vestirse con relativa elegancia y alimentarse con algún confort (...) sin que su renta guarde proporción con el alza perenne de esos elementos vitales³⁴.

Hemos visto lo que era y no era una "casa decente". Vestirse "con relativa elegancia" generalmente significaba usar ropa de telas importadas. Aunque el Perú exportaba lana y algodón y tenía su propia industria textil, la decencia masculina no se alcanzaba sin el terno inglés. La mayoría de las sastrerías de Lima eran también importadoras, y su propaganda destacaba el origen europeo de su material³⁵. La moda femenina seguía igualmente el ejemplo del viejo continente. Los tres grandes almacenes franceses (*El Bon Marché*, *Printemps*, y *Galerías Lafayette*) tenían sus agencias en Lima donde recibían pedidos de sus catálogos. Las tiendas nacionales también ofrecían una selección amplia de productos importados, y sus anuncios enfatizaban la elegancia y distinción que daban a quién los comprara. De igual importancia es la evidencia de que los importadores no se contentaban con vender sólo a la aristocracia, sino que buscaban llegar a una clientela bastante más amplia. Por un lado, es cierto que las tiendas usaban

33. Moncloa y Covarrubias, Manuel, *op. cit.*, pp. 22-25.

34. *El Tiempo*, Lima: 27 de setiembre de 1919, p. 3. También citado en Parker, David, "White-Collar Lima, 1910-1929: Commercial Employees and the Rise of the Peruvian Middle Class", en *Hispanic American Historical Review*, 72:1, febrero 1992, pp. 47-72.

35. Ver el directorio comercial en Laos, Cipriano A., *op. cit.*, pp. 381-628.

un lenguaje esnobista como parte integral de su propaganda: destacaban la fineza y exclusividad de sus modas, y la calidad innata de sus parroquianos. Pero, por el otro lado, colocaban anuncios en revistas y periódicos populares, cuyos lectores eran frecuentemente empleados o artesanos de modestos recursos³⁶. La contradicción indica una vez más la *amplitud* del afán de seguir las pautas supuestamente "oligárquicas" del consumo.

Existen otros elementos de un estilo de vida decente que podríamos enumerar. Cada tienda y cada restaurante tenía su "categoría" y su clientela habitual, segregada de los de abajo no sólo por su costo, sino también por el mal trato que podría esperar cualquier intruso. En cuanto al comportamiento, Jorge Basadre recuerda que se consideraba una transgresión seria caminar por la Plaza de Armas o el Jirón de la Unión sin corbata o con un bulto en los brazos. Los jueves y domingos era casi obligatorio aparecer por la tarde en el Paseo Colón³⁷. Otros han destacado que hasta finales de los años veinte la gente decente nada tendría que ver con la música criolla: según las reglas del buen gusto la única música aceptable era la europea o la norteamericana³⁸. Los ejemplos siguen hasta el cansancio. Pero para terminar, sólo importa subrayar un hecho fundamental: eran estos factores -la vivienda, el consumo, las costumbres, el estilo de vida- lo que separaba las clases sociales en la Lima de principios de siglo. El dinero importaba, eso es claro, pero sólo según la manera en que era gastado. Y en esa Lima *había lugar* para los pobres de clase media, para aquellas personas que, a pesar de su pobreza tenían por nacimiento, educación o suerte algún acceso al mundo cultural

36. Ver, por ejemplo, los anuncios en *La Mesocracia*, el boletín publicado por la Sociedad Empleados de Comercio, o en *Ilustración Obrera*, una revista dirigida al artesanado.

37. Basadre, Jorge, *La vida y la historia: ensayos sobre personas, lugares y problemas*, 2a. ed., Lima: Industrial Gráfica, 1981, p. 162.

38. Lloréns Amico, José Antonio, *Música popular en Lima: criollos y andinos*, Lima: IEP e Instituto Indigenista Interamericano, 1983. Y una vez más hay evidencia de que esta regla fue seguida religiosamente por las organizaciones de clase media -en sus actos sociales, la Sociedad Empleados de Comercio seguía un programa musical estrictamente a la manera europea durante todo ese período-. *La Mesocracia*, No. 3, febrero 1924, pp. 11-12; No. 5, marzo 1924, pp. 6-7.

de las élites. No era la suya una vida fácil, pero era una vida *posible*, algo que no ha existido en todos los países ni en todos los tiempos.

Conclusión

En una conocida cita de Jorge Basadre, él describió así a la clase media peruana en esta época:

"[Su] tragedia (...) derivó de su heroico esfuerzo para acercarse a la aristocracia y diferenciarse de la masa obrera o artesanal. Estuvo condenada al estilo de vida y a los ritos sociales en el vestir y en el presentarse, constantemente superiores a sus posibilidades efectivas (...) Fue la suya una vida de íntimas tragedias, cuidadosamente ocultadas³⁹.

Esta apreciación de Basadre se basaba no sólo en su propia experiencia, sino también en los escritos de intelectuales de la época, como Víctor Andrés Belaunde, Manuel Vicente Villarán, Joaquín Capelo y otros. Todos destacaron que la clase media sufría las peores privaciones económicas porque siempre intentaba llevar un estilo de vida que imitaba al de las élites. En otras palabras, *la pobreza objetiva de la clase media se debía a su afán de vivir más allá de sus medios económicos*. Capelo lo dijo así:

"[La clase media es] amenazada constantemente de las invasiones de la clase inferior y excitada por su parte a penetrar en el campo de la clase superior, tendencias encontradas que la condenan a llevar vida intranquila y desequilibrada, incompatible con todo bienestar físico y moral. Débese a esta causal que la clase media, en Lima, sea la más visitada por la estrechez y la miseria; y este mal se agrava, con la dosis de vanidad y desconocimiento de sí mismo, que lleva a sus individuos a pretender lugar más alto que les corresponde por lo que efectivamente son, y que los induce a suplantar la realidad con las apariencias

39. Basadre, Jorge, "La aristocracia y las clases medias...", *op. cit.*, pp. 466-467.

creyendo lograr así el objeto que persiguen, sin más fundamento que la audacia, el cinismo, la miopía moral, cualidades todas, propias precisamente, para traer abajo y no para subir. ¡Cuántos desgraciados lloran hoy, el pasado bienestar y la modesta existencia, que no pudieron conservar, por haber querido saltar más allá de sus posibilidades y vivir en el medio a que sus propios esfuerzos estaban tan lejos de corresponder!⁴⁰.

En estas páginas hemos observado que esta visión de la clase media era simultáneamente correcta y engañosa. Por un lado, es cierto que muchas personas se encontraban en la frontera de la sociedad respetable, y buscaban a todo costo seguir las pautas del comportamiento decente. Su manera de vivir no era nada compatible con la práctica de economía y ahorro, y seguramente contribuyó al empobrecimiento paulatino de muchos. Pero, por el otro lado, en la Lima de 1900 tener una cantidad de dinero ahorrado no traía ningún beneficio en cuanto al *status*. Por el contrario, el dinero sólo tenía significado social cuando se gastaba en un estilo de vida correcto. No corresponde entonces criticar el intento de invertir capitales en la compra o el mantenimiento de una identidad respetable. Era como otra inversión: podría llevar al triunfo (entrada del inversionista a los círculos de "buena sociedad") o al fracaso (acusación de huachafería). Es cierto que muchos vivían, como dijo Capelo, "más allá de sus posibilidades". Pero, por un tiempo al menos, se sentían decentes y en muchos casos *efectivamente lo eran*. Al fin y al cabo, es posible interpretar la vida de los pobres de clase media como tragedia o como éxito: tal vez vivieron y murieron pobres pero, a pesar de todo, no dejaron de ser -en ojos propios y ajenos- de clase media.

40. Capelo, Joaquín, *Sociología de Lima*, tomo III, Lima: Imprenta Masías, 1896, p. 279.

Bibliografía

Revistas y periódicos:

La Crónica

Hogar

La Mesocracia

El Obrero Ilustrado

Variedades

¡Ya!

Archivo General de la Nación, Sección Poderes Públicos, Ministerio de Trabajo, "Expedientes Laborales Varios".

Basadre, Jorge, *La vida y la historia: ensayos sobre personas, lugares y problemas*, 2a. ed., Lima: Industrial Gráfica, 1981.

Basadre, Jorge, "La aristocracia y las clases medias civiles en el Perú republicano", en *Mercurio Peruano*, Nos. 437-440, setiembre-diciembre 1963, pp. 461-471.

Basurco, Santiago y Leonidas Avendaño, "Informe emitido por la comisión encargada de estudiar las condiciones sanitarias de las casas de vecindad en Lima, primera parte", en Perú, Ministerio de Fomento, Dirección de Salubridad, *Boletín* 3:4, abril 1907.

Basurco, Santiago y Leonidas Avendaño, "Informe emitido por la comisión encargada de estudiar las condiciones sanitarias de las casas de vecindad en Lima, segunda parte", en Perú, Ministerio de Fomento, Dirección de Salubridad, *Boletín* 3:5, mayo 1907.

Beezley, William H., *Judas at the Jockey Club and Other Episodes of Porfirian Mexico*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1987.

Beingolea, Manuel, "Mi corbata", en *Bajo las lilas, cuentos pretéritos, selección*, Lima: Editorial Jurídica, 1967, pp. 93-102.

Capelo, Joaquín, *Sociología de Lima*, tomo III, Lima: Imprenta Masías, 1896.

DaMatta, Roberto, *Carnivals, Rogues, and Heroes: An Interpretation of the Brazilian Dilemma*, Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1991.

Freyre, Gilberto, *Sobrados e mucambos: decadencia do patriarcado rural e desenvolvimento do urbano*, 3ra. ed., 2 vols., Rio de Janeiro: José Olympio, 1961.

Graham, Sandra Lauderdale, *House and Street: The Domestic World of Servants and Masters in Nineteenth-Century Rio de Janeiro*, Cambridge: Cambridge University Press, 1988.

Klaiber, Jeffrey L., S.J., "The Popular Universities and the Origins of Aprismo, 1921-1924", en *Hispanic American Historical Review*, 55:4, noviembre 1975, pp. 693-715.

Laos, Cipriano A., *Lima: Ciudad de los Reyes (el libro peruano)*, Lima: Editorial Perú, 1928.

Larson, Magali Sarfatti, y Arlene Eisen Bergman, *Social Stratification in Peru*, Berkeley: Institute of International Studies, University of California, 1969.

Lloréns Amico, José Antonio, *Música popular en Lima: criollos y andinos*, Lima: IEP e Instituto Indigenista Interamericano, 1983.

Moncloa y Covarrubias, Manuel, *Las cojinovas: costumbres limeñas... cursis*, Lima: Badiola y Berrio, 1905.

Ortega, Julio, *Cultura y modernización en la Lima del 900*, Lima: CEDEP, 1986.

Parker, David, "White-Collar Lima, 1910-1929: Commercial Employees and the Rise of the Peruvian Middle Class", en *Hispanic American Historical Review*, 72:1, febrero 1992, pp. 47-72.

Parker, David, *The Rise of the Peruvian Middle Class: A Social and Political History of White-Collar Employees in Lima, 1900-1950*, Stanford University, 1990.

Pike, Frederick B., "Aspects of Class Relations in Chile, 1850-1960", *Hispanic American Historical Review*, 43:1, febrero 1963, pp. 14-33.

Pinto Gamboa, Willy, *Lo huachafo: trama y perfil (Jorge Miota, vida y obra)*, Lima: Editorial Cibeles, 1981.

Salazar Bondy, Sebastián, *Lima la horrible*, Lima: Ediciones PEISA, 1974.

Scobie, James R., *Buenos Aires: Plaza to Suburb, 1870-1910*, New York: Oxford University Press, 1974.

Sociedad Empleados de Comercio, "Actas de las Juntas Directivas".

Sociedad Empleados de Comercio, "Actas de las Juntas Generales".

Tejada, Luis, *La cuestión del pan*, Lima: INC, 1988.

Walker, Charles, "Lima de Mariátegui: los intelectuales y la capital durante el oncenio", en *Socialismo y Participación*, No. 35, Lima: setiembre 1986, pp. 71-88.

Whiteford, Andrew Hunter, *Two Cities of Latin America: A Comparative Description of Social Classes*, Garden City, New York: Doubleday/Anchor, 1964.